

EL REVOLUCIONARIO QUE NO FUE

NUEVO LIBRO SOBRE RAMÓN SENDER

Por Antonio Villanueva

LOUGH, Francis: *La revolución imposible. Política y filosofía en las primeras novelas de Ramón J. Sender (1930-1936)*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001.

(Publicado en *Trébede, Mensual aragonés de análisis, opinión y cultura*, nº 64, junio de 2002, pp. 87 y 88)

El profesor inglés Francis Lough ve ahora publicada en español su tesis doctoral. Un libro compacto que ofrece magnífica panorámica para comprender a Sender y derribar tópicos sobre su radicalismo político en la primera etapa, anterior a la guerra civil. Un detenido estudio de las producciones publicadas antes del 36, hábilmente comparadas con las posteriores del autor, para obtener sugerentes conclusiones.

Lough nos devuelve la imagen unitaria de un Sender, quizás desorientado en las contradicciones de la política, pero a la postre siempre fiel a sus postulados éticos y sociales. Para Lough no interesa tanto el novelista militante que, además, no es tan transparente como se dice, tan dogmáticamente revolucionario, tan sujeto al pesebre de lo ideológico. Sender siempre tuvo dudas, incluso en sus momentos de máximo compromiso. Digamos que nunca pudo aniquilar en lo colectivo su poderosa individualidad. Lough lo demuestra citando textos de *Míster Witt en el cantón*, *Siete domingos rojos*, *La noche de las cien cabezas*...

Con Gilberto Triviños, pide Lough más atención para la etapa americana de Sender, llena de promesas para la investigación. Y menos prejuicios y automatismos a la hora de enfrentarse al escritor social, con una visión demasiado sesgada por lo ideológico. Sender fue siempre él mismo, una poderosa personalidad en busca de una manera de contar que encontró muy pronto, ya en su primera novela, *Imán* (1930). Como dice Francisco Carrasquer, senderiano ilustre, Ramón José está entero en *Imán*.

Hay, pues, continuidad en Sender, si bien matizada temporalmente en un proceso de esencialismo o sublimación. La influencia de Schopenhauer le acerca a los autores del 98, incluido Unamuno, con el que nunca empatizó. El de Chalamera se

mostraba, al principio, idealista, motivado por la utopía. Pero los años le llevaron a un pesimismo existencial de raíz schopenhaueriana.

Otro tópico que desmonta Lough es el de homologar “reelaboración” de obras propias con “agotamiento creativo” o “autoplagio”. De lo que se trata es, más bien, de una continua reevaluación del creador hacia sus producciones, de una evolución incesante de su pensamiento en cuanto a las respuestas que ofrecía a problemas que le preocuparon durante toda la vida.

Las conclusiones de Lough no pueden expresarse de manera más clara. Hay, sí, continuidad en el narrador. No en lo político, puesto que evolucionó de posiciones radicales hacia posturas conservadoras; pero sí en lo filosófico y moral. Y hay también, cómo no, diferencias de matiz o perspectiva. Antes del exilio no le preocupa a Sender la idea de Dios. Sin embargo, en su segunda época evoluciona hacia un misticismo panteísta similar al de Spinoza. Sender pasa de creer en el progreso humano y en la posibilidad de una mejora a proponer el regreso al origen, la vuelta a la naturaleza, la unidad con la tierra. Para entonces, consideraba que la historia se repite y que el círculo era la mejor expresión de la existencia humana.

En sus tiempos de compromiso, Sender creía que el hombre era bueno por naturaleza, la sociedad burguesa lo corrompía. Después, se convenció de que el interés desborda a la generosidad. Su idealismo se tornó escéptico, con cierta resignación senequista. El escritor que quería fundirse con las masas predica ahora el aislamiento, la separación de literatura y política.

Sender fue siempre fiel a su antiintelectualismo visceral. Admiraba el mundo de los animales, defendía la vida instintiva, “ganglionar” como le gustaba decir. Proponía, finalmente, una síntesis viable entre egoísmo y altruísmo que permitiera vivir en paz. Dejó de defender al “Dios negro del terror” en favor de un “socialismo fabiano” y de la vía quizá lenta pero segura de la reforma, más civilizada y posibilista. El prosoviético Sender se hizo proamericano, el anticlerical buscó a Dios, el revolucionario se hizo humanista, reformador social, cuando comprendió la inutilidad de una revolución imposible. En sus últimos tiempos, insistía en el amor, la solidaridad y la compasión como motor de la vida. Dedicó sus esfuerzos a entender al otro, aunque fuese enemigo. Comprendió que todos éramos culpables, y él el primero. Y supo entonces que el escritor debía definir el mal como único medio para desactivarlo.

La trayectoria del revolucionario que nunca existió es lo que encontrará el lector, magníficamente escrita y documentada, en el libro de Francis Lough.